

El Practicante



... Otro oficio perdido por el que me gustaría poner una pica en Flandes (o en otro sitio cualquiera para no tener que ir tan lejos, sea donde sea, siempre que sea muy grande) que en Lucena como en cualquier otra parte, entonces, cuando la sanidad no era buena y no había ambulatorios ni tantos hospitales, ni nada, era "El Practicante" quien solucionaba.

Ya de por si solo el nombre no deja de ser curioso. ¿Cómo que "practicante"? ¿Quién dice que practicaba?. Si tenían mas tablas y mas calles

corrías y sabían tanto de la vida y de la muerte, y de la salud y de lo que cada una necesitaba para ponerse bueno que, antes de la visita al médico todos iban a preguntarle. Antes que “al” médico, la gente acudía a "su" practicante. (No es por casualidad ni ocurrencia el entrecomillado de la preposición de uno y el posesivo del otro. Con ello digo bastante). Y no tenían que ir para esto a ninguna consulta y ni siquiera a su casa. No, bueno era aquí mismo cuando lo encontraba, sobre la marcha en la misma calle. Porque el practicante del pueblo (dos o tres si, como Lucena, era grande) paraba en su casa muy poco. Estaba siempre fuera, pateando calles visitando casa por casa a quienes lo necesitaban para que les pusiera inyecciones, que eso era oficialmente un Practicante: El que pone las inyecciones. También el que hace las curas y administra medicamentos... Ni médico, ni enfermero, ni boticario. Ni lo uno ni lo otro sino eso y todo lo contrario: Prac-ti-can-te.

¿Quién no tiene en su corazoncito el recuerdo entrañable de su practicante?. Puedes no acordarte ni de quien era el Alcalde en

Lucena, pero ¿de Don Abelardo el practicante?...: El que vivía frente a la Plaza de Toros en que confluyen Mediabarba y Juan Blazquez donde los Pisos de la Virgen De Araceli... El padre de mi amigo Juan Antonio García Ponferrada, que pelaba la pava al lado de mi casa cuando su novia Pili amiga de mi hermana iba al taller de Trini para aprender costura... En Lucena todo un personaje. Como Agustín Quintero, otro buen practicante al que yo solo conocí de oídas porque andaba por otros sitios lejos ya de mi calle y de mi casa.

Antes de Don Abelardo, siendo todavía yo muy muy pequeño, tengo entre mis primeros recuerdos de Espejo el de un practicante que se llamaba Don Emilio. No tendría yo más de seis o siete años cuando lo observaba. Lo veía llegar a mi casa y pegar hebra con mi madre nada más pasar la puerta preguntándole por cada uno de nosotros mientras sacaba sus armas: Una cajita metálica blanca alargada del tamaño algo menos de una cuarta en la que, dentro, llevaba: una jeringuilla, agujas hipodérmicas (yo al verlas ya temblaba) y una tijerilla muy rara con la que

sujetaba, para no quemarse, la tapa de la cajita en la que poniendo un poquito de alcohol hacía candela... En la otra parte de la caja agua corriente, con la jeringuilla y agujas dentro, que ponía encima de la candela hasta que empezaba a hervir para desinfectarlas...

- *“Bájele los pantalones, que esto está listo...”*

- *“Doña Zóila, ¿está usted ya preparada?... agárreme a la criatura”...*

Las medicinas inyectables venían entonces no en ampollas como ahora si no en unos botecitos pequeños precintados en su tapa que era de goma para que la atravesara la aguja ya desinfectada... En una ampolla líquido para disolver la medicina del bote. Una vez el líquido en la jeringuilla lo metía dentro del botecito y lo agitaba... Luego lo levantaba invertido, otra vez el líquido adentro de la jeringa y listo... Unos azotitos en el mismo trasero donde iba a ser clavada, como quien juega a no hacer nada, en cuanto te distraías un momento.. ¡Hala!. Pinchazo que te pego, algodoncito, y si el líquido era de aquel aceitoso y pesado que tanto dolía, a llorar un rato mientras te frotaban.

-“Venga niño, que los hombres no lloran...”

Y con eso te consolaban mientras ellos, los mayores, seguían tan tranquilos con su charla tomándose el cafecito que -si no era un día muy cargado de visitas y llevaba tiempo- se le preparaba. Y para que aquello no se convirtiera en solo “Visita de Médico”... Charlaban, sin prisas, contando las novedades que en asuntos de salud, mejor que nadie, El Practicante sabía sobre fulano y zutana.